

NOMBRE: Luis Alberto Ramírez

PERSONAJE: UNAI, el mono samurai

LA LUCHA POR LA ESPADA SAGRADA

El ensordecedor retumbar de los tambores de guerra se escuchaba a lo lejos, acercándose cada vez más y más, y los que aún quedaban vivos se retorcieron en un escalofrío al saber lo que el destino les deparaba, pero conservaban la dignidad y el valor por el honor, un honor que aquel Ser, que esperaba al enemigo en el frente con el despliegue de chispas que soltaba su Katana al ser topada por los rayos del sol, les infundía desde que lo conocieron, ¡Si! El Samurai defendería la villa, su pueblo, su gente.

Las Ordás de **Mongo-rilas** se acercaban con sus tremendas hachas y espadas, sus escudos con pinchos y gruesas armaduras atemorizaban y producían un ruido tétrico, pero el no se inmutó y con un movimiento de su mano, los que estaban a su alrededor se aprestaron a obedecer la orden, se colocaron detrás de él, prepararon sus armas y empezaron a avanzar, no había tiempo de sacar a los heridos. Llamó a los arqueros y los colocó a los costados, el resto de la caballería estaba ansiosa por entrar en acción pero el los retuvo, y les ordenó esperar hasta que el lo indicará.

El llamó a todos los soldados y aldeanos que aun conservaban el valor de pelear con él, y les dijo – ¡hoy es el día, el día en que cada uno de nosotros estaremos orgullosos de nuestras acciones, olvidándonos de nuestro mal proceder, de nuestras diferencias, porque desde este momento seremos un único brazo, una única espada! – entonces la voz de los que le rodeaban estalló en un grito. ¡Unai, Unai...!–

El capitán de los **Mongo-rilas** era el temible **Amura**, con su robusto cuerpo y grandes armas, pero inconfundible por su terrible mirada de ojos de fuego. Ordenó a sus soldados a apostarse y esperar al enemigo que a pesar de su diferencia numérica se acercaban hasta ellos con un valor que le sorprendió. Entonces lo comprendió, al frente de ese pequeño ejército veía a esa persona que tanto había odiado, entonces de su tremendo pectoral resonó un grito de guerra que opacó a todos los ruidos presentes, desenfundó su espada de doble filo y se prestó al encuentro de su enemigo.

Unai escuchó el grito, entonces lo reconoció, era el madito de **Amura**. El que había matado a su mejor amigo. Al ver que sus enemigos se habían dejado venir con todo el poder que tenían, **Unai** ordenó a sus soldados detenerse y esperó hasta que los **Mongo-rilas** estuvieran tan cerca, y corriendo tan rápido que no les era posible detenerse y cuando ya estaban a punto de encontrarse, **Unai** y los demás con un movimiento de sus colas se arrojaron hacia atrás y los cuerpos de los **Mongo-rilas** resonaron al chocar contra las puntas de las picas que los esperaban, quedando atravesados por las lanzas.

La batalla comenzó, el sisear de las armas era muy aterrador los tremendos cuerpos de los **Mongo-rilas** caían destrozados por los compañeros de **Unai**. Ellos tenían una ventaja sus pequeños cuerpos que no eran más que la mitad de la altura de su enemigo pero muy ágiles y con sus colas les proporcionaba un tercer brazo. **Unai** se encontraba al frente con su katana que desprendía de la vida a sus enemigos,

un corte rasó y caí una pierna, un salto y un giro y con la espada en la cola atravesaba a un **Mongo-rila**, su agilidad y fuerza era inigualable, paraba los golpes de las grandes hachas, se impulsaba hacia delante, se hacia a un lado y atravesaba a su adversario. Entonces sus miradas se encontraron y se lanzaron en pos el uno en contra del otro, **Amura** era tan ágil y fuerte que no había recibido ni siquiera un roce. Sus espadas se encontraron brotando de ellas un sinfín de chispas, **Unai** en una vueltereta en el aire hirió en el brazo a **Amura**, este al ver brotar su sangre se enfureció tanto que golpeo la tierra estremeciéndola y botando a todos los que estaban a su alrededor, menos a **Unai** que aprovechó el descuido. Se acercó zigzagueando e impulsándose con su cola, le incrustó la katana en el pecho atravesando su pesada y brillante coraza, **Amura** calló de rodillas e incapaz de comprender su derrota se desvaneció entre un millar de cuerpos inertes.

Unai lanzó un grito y la caballería entró por los costados, al igual que los arqueros avanzaron hasta impedir que sus enemigos escaparan con vida al verse solos, y sin su capitán. **Lord Kizuna** al verse derrotado emprendió la huida dejando a su guardia, pero **Unai** evadiendo a estos lo alcanzó y lo ajustició, terminando por fin la guerra por la posesión de la espada celestial **Tamagueró**.

Así fue como la espada sagrada fue protegida por el legendario **Unai**, el mono Samurai.